



Ricardo Forster

Profesor titular de historia de las ideas y director de la maestría en comunicación y cultura en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA), profesor distinguido de la Universidad de Maryland y miembro del consejo editor de la revista "Pensamiento de los confines". Sus libros recientes son La muerte del héroe (2011), La anomalía argentina (2010) y Los hermeneutas de la noche (2009). Doctor en filosofía (Universidad Nacional de Córdoba).

6.

Entrevista a Ricardo Forster

¿Cómo evalúa el papel del Estado en la implementación de políticas de inclusión digital?

Después de mucho tiempo de actuar como una mera gendarmería comercial, el Estado vuelve a garantizar procesos de mayor igualdad social. Sólo en los países más democráticos se generan mecanismos de igualdad y distribución equitativa de la riqueza material, cultural y simbólica. La experiencia de los años 80 y 90 fue muy clara en ese sentido: las leyes de mercado y achicamiento del Estado tendieron a producir desigualdad, pobreza, indigencia, marginalidad y una notable desnutrición de la vida democrática y ciudadana.

Resulta clave debatir el concepto de “igualdad”, un concepto vaciado por el neoliberalismo, pero

generador de gran tensión a partir del siglo XVIII, y de importancia fundamental en la sociedad actual. El discurso conservador siempre buscó limitar el papel del Estado y ampararse en el libre mercado. Le tiene temor al concepto de igualdad, ya que esa idea produce, en el interior de la sociedad, ciudadanos dispuestos a la lucha constante y potente a favor de esa igualdad.

Esa lucha siempre toca las riquezas concentradas, quiebra la lógica del interés de pocos sobre el de muchos y amplía las fronteras democráticas de un pueblo. Además, desata nudos en torno a la distribución equitativa de los bienes materiales, del acceso a las tecnologías de la información y de la comunicación, y al derecho igualitario a una educación de calidad.

¿Cree que líneas de acción como la del programa Conectar Igualdad lograrán alfabetizar digitalmente a la población?

Estaríamos equivocados si pensáramos al programa Conectar Igualdad como un ente aislado y autorreferencial. La alfabetización digital debe ser acompañada por una alfabetización integral, basada en la recuperación de la educación pública, para formar ciudadanos con pensamiento crítico capaces de debatir los modos y fines de uso de las nuevas tecnologías y no ser simples receptores pasivos.

De poco sirve la entrega de netbooks, si la escuela no se convierte en un ámbito que interpele e interroge al estudiante sobre el cómo, por qué, cuándo, dónde y para qué se utilizan las nuevas tecnologías.

Existe un supuesto de que la tecnología favorece la recreación y la calidad educativa, pero esto no necesariamente es así. No hay que perder de vista que la educación realmente mejora cuando la incorporación igualitaria de las nuevas tecnologías supone la formación de estudiantes críticos y responsables de ese uso.

¿Cómo puede la escuela convertirse en ese ámbito que interpele a los estudiantes en el uso crítico y responsable de las nuevas tecnologías?

La escuela se permite plantear un interesante anacronismo al erigirse como un espacio donde profesores y estudiantes se mancomunan durante horas a recorrer distintos campos de conocimiento; desplegando formas del relato, lazos de sociabilidad y maneras de ocupar el tiempo y el espacio, muy diferentes a la lógica virtual o al flujo de información en tiempo real que las nuevas tecnologías le imprimen a las sociedades actuales.

La escuela debería encontrar una intersección entre la atemporalidad propia y ese efecto efímero, inmediato, instantáneo –que se vuelve eterno y

genera eternidades de instantes– de las nuevas tecnologías.

Resulta fundamental que el espíritu crítico atravesara el recorrido educativo de los ciudadanos, y que éstos, en su trayectoria académica, no aspiren al mero manejo de una herramienta sin ser portadores de una mirada crítica de la realidad que los envuelve.

Por eso descreo del modelo que promete una mejor educación, por el simple hecho de entregar netbooks y poner más horas de inglés en las escuelas. ¿Qué tipo de educación es ésta? Una educación incapaz de modular una lectura crítica de la realidad, y de incorporar un lenguaje propio, social y cultural que apunte a un proyecto de país más igualitario.

¿Cuál debe ser el rol de los docentes y de los adultos en este nuevo entorno?

En las sociedades posmodernas, en las sociedades de la información y la comunicación, en las sociedades a las que ciertos pensadores imaginan como organizaciones posindustriales, hay una tendencia a romper las relaciones entre generaciones. Así, las nuevas generaciones viven un presente absoluto en el que no pueden beber de las enseñanzas de las generaciones previas, que quedan retrasadas en relación con los nuevos desafíos del uso de las tecnologías.

Esto produce un desencuentro equívoco y genera una problemática en torno a la construcción de un espacio de convivencia que garantice a las sociedades contemporáneas poder portar su historia y sus tradiciones. Más cuando esas mismas sociedades expulsan a los márgenes a sus ancianos, e invisibilizan a un actor central en la historia de la humanidad.

El desafío, entonces, se plantea en la forma de combinar el uso de las nuevas tecnologías –la velocidad, el vértigo, la evolución y la apertura potencial a nuevos mundos que ella genera–, sin achatar o reducir los mundos previos que las viejas generaciones, a través de sus experiencias, visiones y saberes, están capacitadas de transmitir.

Al no estar resuelto, se convierte en un punto central de cualquier planificación educativa, dadas las nuevas formas de subjetivación y nuevos vínculos entre generaciones que las tecnologías producen. ¿Cómo construir ese puente de ida y vuelta, de lenguaje compartido y de transmisión de experiencias sociales entre generaciones que no tienen la misma relación con las nuevas tecnologías?

Y ahí vuelvo a la idea de la formación del espíritu crítico, una discusión planteada desde los confines de la modernidad dentro de la educación: ¿enseñar las técnicas o temprar el carácter? Las nuevas tecnologías por sí solas no resuelven la formación crítica. Es tarea de la educación, entonces, hacer hincapié en la potencialidad interrogativa del in-

dividuo, en su capacidad de pensamiento crítico y de propio entendimiento.

¿Qué debates sociales plantea el acceso universal a las nuevas tecnologías?

Creo que, en el interior de la sociedad, plantea un debate similar al que se viene generando alrededor de la relación del hombre con la naturaleza. Algunas visiones reducen la naturaleza al concepto de objeto pasivo que está a nuestro alcance para satisfacer ambiciones económicas, sin entender la trascendencia previa y posterior de esos recursos. Por un lado, no debemos caer en pensamientos arcaicos o primitivos, siguiendo a los luddistas¹, que veían a la máquina como el enemigo que dejaría a los hombres sin trabajo y los condenaría a la miseria. Y, por el otro, no adherir a la utopía de la máquina que acompañó al capitalismo entre fines del siglo XIX y principios del XX, y que la planteaba como liberadora y creadora de sujetos felices. En esa franja, las sociedades contemporáneas deben manifestar sus sospechas acerca de si las nuevas tecnologías son verdaderas herramientas para tener una mayor información y una mejor comprensión del mundo actual. Eso no está garantizado por las nuevas tecnologías.

A principios del siglo XX, Max Weber señalaba la paradoja de las sociedades contemporáneas superespecializadas, en las que el sujeto era ignorante de todo aquello que no tenía que ver con su área de saber o conocimiento.

Nuevamente, hoy se plantea la necesidad de reconstruir vasos comunicantes: que el individuo esté en condiciones de habitar distintas zonas culturales y no caer en acciones que lo hacen pasivo, atrapado en espacios tribales e incapaz de ocupar entramados sociales complejos; lejos de ejercer una ciudadanía integral y totalizadora.

No estamos hablando de un debate de resolución sencilla ni rápida, menos de protagonizar una huida o fuga de un tiempo complejo, sino de la necesidad de plantear un debate en torno a la creación de condiciones de igualdad, donde el conjunto de la sociedad pueda debatir la significación, la utilidad y la funcionalidad de las nuevas tecnologías.

Si un pequeño sector es el único que usufructúa las nuevas tecnologías, y las mayorías quedan afuera de ese derecho, se reproduce un doble mecanismo de dominación. Por un lado, la pobreza material de los muchos. Y por el otro, la imposibilidad de esos muchos de acceder a nuevas formas de conocimiento.

Por eso, es responsabilidad del Estado garantizar el acceso igualitario a las nuevas tecnologías, y crear un ámbito educativo cuyo núcleo central ayude en la formación de individuos críticos. Por

otra parte, es responsabilidad de la sociedad civil habilitar el debate del sentido educativo que se le dará a las netbooks.

¿Pueden, las nuevas tecnologías, promover ese debate en la sociedad civil?

La ideología neoliberal, la economía de mercado y el auge privatizador debilitaron el espacio público, el ágora, y constituyeron el imaginario acerca de que las nuevas tecnologías resultaban indiscutibles. Se generó así una suerte de pensamiento mágico, aunque no lamentablemente en el sentido de la poética del mundo, sino en el aspecto de fomentar sujetos pasivos frente a la interpelación tecnológica.

Por suerte, tanto en la Argentina como en el resto de los países de América latina, vivimos un momento de inflexión y una puesta en cuestión de la lógica mercantil o privatizadora de los años 80 y 90. La supuesta complejidad del debate en torno al uso que la sociedad hace de las nuevas tecnologías clausura la discusión.

Se produce así una sociedad del secreto, donde los dueños del lenguaje hipercomplejo discuten entre ellos, ante la contemplación pasiva de los individuos. Esto genera un peligro enorme: la reducción del saber a la lógica del experto y del tecnócrata, pensamiento núcleo del proceso de despolitización llevado adelante por la matriz

neoliberal, que buscó separar al técnico del mundo de las convicciones.

Por este camino, el daño social y cultural es muy grande, porque hiere de muerte a la sociedad democrática. Resulta necesario entonces constituir un marco en la comunicación sin renunciar a la complejidad, para habilitar que el ciudadano de a pie forme parte del debate público sobre el uso de las nuevas tecnologías.

La sociedad ya dio pruebas de discutir estos temas durante el debate en torno a la Ley de Servicios Audiovisuales. Allí, ganó la calle un tema que venía siendo discutido en ámbitos académicos cerrados, y habilitó nuevas experiencias participativas. Hoy, cualquiera discute el rol de los medios de comunicación y su incidencia en la formación, construcción y reflejo de la realidad social que nos circunda.

¿La virtualidad que ofrecen las redes sociales puede ser un espacio apropiado para este tipo de debates?

En muchísimas ocasiones tuve la posibilidad de participar en debates, conferencias y experiencias virtuales, y la experiencia me resultó muy buena y gratificante porque desafiaba espacios geográficos y temporales.

Sin embargo, no creo que ésa pueda ser la única relación posible. Soy un defensor acérrimo de la pedagogía de la corporalidad que ofrece la escuela

¹. Movimiento liderado por Ned Ludd durante la Revolución Industrial.

la. Existe allí, en los puntos de encuentro, en el intermedio, en la intersección, un vínculo irremplazable que no puede compensar la virtualidad, y que la escuela debe trabajar para generar nuevas formas de comunicación.

Debemos afrontar el desafío de habilitar la mayor cantidad de participación en la combinación de espacios virtuales y presenciales, pero tendría mucho cuidado de no sobredimensionar las redes sociales como únicas generadoras de nuevas experiencias sociales, o de movimientos políticos, como si la historia de la humanidad no contabilizara previas movilizaciones, rebeldías, protestas, transformaciones sociales, tecnológicas o económicas, como si el sujeto de la acción fuera la tecnología, y los sujetos reales fueran deudores o dependientes de esa tecnología.

Las redes sociales pueden ayudar, contribuir, acelerar o catalizar movimientos sociales, pero sería muy cuidadoso al analizar su dimensión, ya que detrás de este tipo de interpretaciones se esconden lecturas clasistas.

En las recientes manifestaciones populares, en reclamo de aperturas democráticas en los países árabes, se resaltó el papel de las redes sociales; una herramienta a la que por ahora sólo acceden los ciudadanos de las clases medias ilustradas.

Si nos guiamos por estas miradas, muy propagadas a través de los medios de comunicación, sólo esos sectores tuvieron la fuerza y la capacidad de rebelarse, relegando a los sectores populares a po-

siciones de pasividad y exclusión, sin atribuciones de participación. Así, la quimera de la alfabetización tecnológica a favor de la construcción de una ciudadanía más democrática y participativa se reduce a la construcción de la idea de involución en el espacio participativo comunitario.

¿Cómo pensar a las sociedades futuras, dentro de este paradigma de sobreexposición al circuito de la información y la comunicación?

Es algo muy difícil de proyectar e imaginar, porque genera vértigo. Resulta fantasmagórico. ¿Cuáles serán las nuevas formas de subjetivación? ¿Qué estructuras de la trama de la propia sensibilidad se afectarán? ¿Hasta dónde las nuevas tecnologías pueden destruir las fronteras del espacio y el tiempo?

El tiempo necesita sedimentar. Una vida necesita expandirse, vivir la temporalidad, los momentos, cristalizar experiencias. Es difícil imaginar una sociedad donde no existe la postergación y a un individuo que no la acepte, sumido en un autismo tecnológico, generaciones que tiendan a las relaciones solitarias.

La principal patología de las sociedades contemporáneas es la depresión, sin tiempo para aburrirse o distraerse, con jornadas de trabajo cada vez más extensas y agobiantes. Son preguntas para hacerse ante una sociedad que entroniza la hiperactividad, que está constantemente estimulada

por el paradigma del espectáculo y el estímulo visual.

Paradójicamente, la respuesta a todo eso es una sociedad donde crece día a día la producción y el consumo de psicofármacos. Sin embargo, son cuestiones muy interesantes de plantear y discutir, porque siempre resulta más placentero vivir en sociedades llenas de conflictividades y sin problemáticas resueltas, antes que en otras de aparentes estándares de vida maravillosos, pero de estrechas condiciones de sociabilidad.